

Perspectivas económicas para 1999

JOSÉ LUIS CALVA

La curva ascendente de la economía mexicana —que se observó a partir del segundo trimestre de 1996, después de la profunda depresión de 1995— llegó a su fin en el primer trimestre de 1998. Se observó desde entonces un proceso de desaceleración: de una tasa de crecimiento de 7 por ciento observada en 1997 y de 6.6 por ciento en el primer trimestre de 1998, el dinamismo económico descendió a cerca del 3.5 por ciento en el último trimestre de 1998.¹

Desde los últimos trimestres de 1997 se registró un descenso significativo en el ritmo de crecimiento del sector exportador, a causa de la apreciación real del peso mexicano, de la contracción económica internacional y de la mayor competitividad de los países asiáticos que devaluaron sus monedas. En 1998 se acentuó la desaceleración de las exportaciones mexicanas, incluso sin petróleo: la tasa de crecimiento de las exportaciones manufactureras sin maquiladoras se redujo de 46.9 por ciento en 1995, 22.4 por ciento en 1996, y 14.4 por ciento en 1997, a sólo 8.7 por ciento durante enero-septiembre de 1998, respecto a igual periodo del año previo.² Pero todavía durante el primer

trimestre de 1998, la inercia del consumo privado permitió contrarrestar la desaceleración de las exportaciones y sostener el ritmo de crecimiento.

Sin embargo, la política fiscal contraccionista aplicada a partir de marzo (sucesivos recortes a la inversión y el gasto públicos) y la política monetaria restrictiva aplicada sobre todo a partir de agosto (sucesivos incrementos del “corto” monetario, piso a las tasas de interés en las operaciones diarias del Banco de México y constitución de depósitos obligatorios de los bancos comerciales en el banco central, con el fin de manipular más fácilmente al alza las tasas de interés), han afectado radicalmente las expectativas económicas, y han hecho caer las tasas de crecimiento de la inversión y del consumo.

Así, en vez de aprovechar el margen de maniobra en materia fiscal, que habría permitido sostener el crecimiento con un déficit manejable (ligeramente mayor al observado), y al mismo tiempo iniciar una amplia y serena consulta nacional para realizar una reforma fiscal sobre bases de mayor equidad y con visión de largo plazo, se optó por frenar la dinámica del crecimiento mediante sucesivos

recortes al gasto público, con lo que se afectó principalmente la inversión pública, cuya caída se estima en 5 por ciento durante 1998.³

Asimismo, la sobrereacción del Banco de México al inducir a niveles extravagantes las tasas reales de interés (a través de los “cortos”, del piso a las tasas y de los depósitos obligatorios), con el fin de contener la depreciación del peso mexicano y mantener su cotización por encima del nivel de equilibrio, provocó efectos contractivos sobre la inversión, el consumo y el ritmo de la actividad económica (además de efectos perniciosos sobre la de por sí precaria situación de los deudores y del sistema bancario). De este modo, después de haber incurrido nuevamente, durante el bienio 1996-1997, en el error de propiciar la sobrevaluación de la moneda al utilizar la paridad peso/dólar como ancla antiinflacionaria, y en vez de culminar en 1998 la corrección de la sobrevaluación cambiaria restaurando la competitividad agregada de la planta productiva mexicana, se optó por contener el ajuste cambiario al comprimir la demanda interna agregada y frenar el crecimiento económico.

El autor es profesor-investigador del Instituto de Estudios Económicos y Regionales (Ineser) del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara.

Política económica procíclica para 1999

Hace un año, con motivo del arduo debate sobre la disminución de la tasa del IVA, el presidente Zedillo afirmó: "Tampoco debe ignorarse un precepto básico de cualquier política económica sensata, que dice que no deben acentuarse los ciclos económicos. En la actualidad, cuando la economía se encuentra en la fase ascendente del ciclo económico, sería muy imprudente pretender acentuar esta tendencia disminuyendo impuestos como el IVA. Se estaría sobrecaletando innecesariamente la economía y poniendo en gran riesgo su recuperación".⁴ En su momento observamos que este precepto, sin duda certero, no fue tenido en cuenta en 1995. Además, con relación a la coyuntura específica que se vislumbraba para 1998, alerta: "lo que se ha observado durante los últimos trimestres es un descenso significativo en el ritmo de crecimiento del sector exportador (sin considerar los futuros impactos recesivos del huracán financiero en la economía internacional), de manera que el crecimiento económico

ulterior requerirá necesariamente de un mayor dinamismo del mercado interno. Así, la expansión más bien marginal de la demanda interna resultante de las modestas propuestas de ingreso y gasto público del bloque opositor no implicarían un sobrecaletamiento de la economía".⁵

Ahora, cuando la economía mexicana se encuentra claramente en la fase descendente del ciclo económico, se anuncia para 1999 la permanencia y profundización de una estrategia económica que acentuará la tendencia declinante de la economía mexicana: una política fiscal contractionista (alza de impuestos, precios y tarifas del sector público y reducción de la inversión y el gasto públicos),⁶ una política monetaria restrictiva (que, de entrada, elevó el "corto" monetario de 100 a 130 millones de pesos diarios, empujando al alza las tasas de interés)⁷ y una política salarial que agranda la pérdida del poder adquisitivo de las mayorías nacionales (raquíctico incremento del 14 por ciento a los salarios mínimos, que sirven generalmente de pauta para los incrementos contractuales, cuando la infla-

ción acumulada en 1998 fue de 18.6 por ciento).⁸ De esta manera, la estrategia económica anunciada para 1999 integra el típico trinomio de políticas económicas que comprimirán el mercado interno y, consiguientemente, el ritmo de la actividad económica.

Nada nuevo bajo el sol. Después de tres lustros de sujeción a la ortodoxia neoliberal, la economía mexicana ha sufrido los recurrentes ciclos de freno y arranque. Como resultado sumario del experimento neoliberal, al término de 1997 el producto interno bruto per cápita fue 7.2 por ciento inferior al de 1982, la inversión fija bruta per cápita fue 15.7 por ciento menor y el poder adquisitivo de los salarios mínimos 70 por ciento inferior al de 1982.⁹ En contraste, durante los casi cincuenta años previos del vilipendiado modelo económico keynesiano-cepalino, sustentado en los principios de la Revolución mexicana, el producto interno bruto per cápita creció a una tasa media anual de 3.1 por ciento, la inversión fija bruta per cápita se incrementó 6.5 por ciento por año y los salarios mínimos aumentaron su poder adquisitivo 54 por ciento.¹⁰ Entre las causas de esta disparidad de resultados económicos agregados se encuentran, precisamente, los recurrentes frenos del consumo y del crecimiento económico, deliberadamente provocados como estrategia (sin duda equívoca) para encarar los recurrentes desequilibrios externos.

Expectativas económicas para 1999

Para 1999, las autoridades hacendarias proyectan un crecimiento económico del 3 por ciento anual. Sin



embargo, los pronósticos de crecimiento formulados por especialistas privados han sufrido un continuo deterioro hasta situarse debajo de la meta gubernamental. Según la encuesta que realiza mensualmente el Banco de México, el pronóstico promedio de crecimiento económico para 1999 se fijó en 2.66 por ciento en diciembre de 1998, mientras que en octubre el pronóstico había sido de 2.9 por ciento.¹¹ Más aún, algunas corredurías y empresas consultoras estiman que de acentuarse el endurecimiento de la política monetaria, la desaceleración podría convertirse en recesión económica.¹²

Para la ciudadanía, las expectativas económicas tampoco son halagüeñas. Según la Encuesta sobre bienestar familiar realizada en la ciudad de México y municipios conurbados, para poco más de la mitad de los entrevistados (57 por ciento) este sexenio terminará mal, poco más de la tercera parte plantean que terminará regular (38 por ciento) y sólo unos cuantos (5 por ciento) consideran que la presente administración saldrá bien.¹³

De hecho, el dramático deterioro de las expectativas económicas entre la ciudadanía había sido previamente detectado en la encuesta sobre el pulso sociopolítico de la población, realizada por Banamex durante septiembre: el 50 por ciento de los ciudadanos consideró que "la situación económica del país empeorará en lo que queda del sexenio" y "sólo 9 por ciento de los encuestados cree que será favorable el entorno económico futuro".¹⁴

Se está frente a un efecto típico del clásico programa ortodoxo de ajuste externo y estabilización, consistente en una política fiscal contrac-



cionista y una política monetaria restrictiva. Pero si la ortodoxia monetarista y su efecto psicológico no son privativos de México, tampoco lo es su crítica científica. Por eso, en abierta crítica heterodoxa a las prescripciones del Fondo Monetario Internacional, que de manera sistemática recomiendan a los países con problemas (presentes o potenciales) de liquidez "reducir los gastos y aumentar las tasas de interés", el economista en jefe del Banco Mundial, Joseph Stiglitz observó: "Coincidió con el punto de vista de que el dolor por sí mismo no es una virtud; y que el dolor [causado por las políticas fiscales restrictivas y por la contracción monetaria: JLC] no restablece la confianza en la economía y de hecho produce perturbaciones políticas y sociales que debilitan la confianza en la economía cuando va más allá de cierto punto".¹⁵ Precisamente esto es lo que ha ocurrido en México: la sobre-reacción fiscal y monetaria frente a la caída de los precios petroleros y la devaluación del peso, provocó la desaceleración económica

y el deterioro abrupto de las expectativas.

Para 1999, se reitera la permanencia de la economía del dolor: "el eje de la estrategia económica para 1999 lo constituye el estricto compromiso gubernamental de mantener sanas las finanzas públicas"; además, "el Banco de México ha comunicado al Ejecutivo Federal que la finalidad primordial del programa monetario para 1999 será propiciar la reducción de la inflación".¹⁶ Es decir, mayor restricción fiscal (recortes al gasto público y alzas de precios y tarifas ya aprobados en el *Presupuesto de Egresos* y en la *Ley de Ingresos*, que se completarán con nuevos ajustes fiscales si los precios petroleros resultan inferiores a los proyectados, de manera que permanezca intocado el tabú del 1.25 por ciento del producto interno bruto de déficit fiscal);¹⁷ y mayor endurecimiento de la política monetaria, a fin de comprimir las expectativas inflacionarias. Como complemento, se despliega la indicación política salarial contraccionista, que reduce el poder de compra para

1999, cerrando la tenaza triple de políticas contractivas del mercado interno y, en consecuencia, de la actividad económica agregada.

Lo peor es que la meta inflacionaria de 13 por ciento para 1999 postulada en los *Criterios generales de política económica* no convence. Según la Encuesta sobre expectativas, realizada por el Banco de México, los especialistas en economía del sector privado pronostican en promedio una inflación de 16.2 por ciento para 1999.¹⁸ Desde luego, la mayoría de las corredurías y empresas consultoras estiman que si se radicaliza la restricción monetaria podría alcanzarse la meta inflacionaria de 13 por ciento, pero a costa de un crecimiento mucho menor del proyectado (es decir, de la recesión). Así, la economía mexicana parece dirigirse hacia el peor de los mundos posibles: la estanflación, estancamiento con inflación.

Por si fuera poco, uno de los propósitos cruciales de la estrategia económica del dolor (con su puntillosa austeridad fiscal, su estricta restricción monetaria y su brutal po-

lítica salarial), consistente en evitar una nueva crisis de balanza de pagos al final del sexenio,¹⁹ no es un objetivo seguro de ser alcanzado. Contra el pronóstico oficial de un déficit de cuenta corriente de 9 324.6 millones de dólares, equivalente al 2.2 por ciento del producto interno bruto en 1999, los especialistas en economía del sector privado estiman en promedio un déficit corriente de 13 794 millones de dólares (equivalente al 3.3 por ciento del producto interno bruto), que no podrá ser financiado con inversión extranjera directa, cuyo flujo estimado por los mismos especialistas asciende apenas a 8 135 millones de dólares.²⁰

La incongruencia entre un déficit corriente del 2.2 por ciento y las metas de crecimiento e inflación proyectadas, había sido previamente detectada cuando se conocieron los *Criterios generales de política económica para 1999*. Por ejemplo, después de restregar el amargo recuerdo de que en 1991 México “encaró un déficit de cuenta corriente similar al de hoy, de 14.6 miles de millones de dólares, el cual creció a 24.4 miles de

millones en 1992”, Merrill Lynch observó que un déficit de 2.2 por ciento del producto interno bruto en 1999 “no se ve realista dado el pronóstico de crecimiento”. A juicio de Merrill Lynch, o bien “la economía se desacelera más de lo que el gobierno está pensando, o es improbable que la cuenta corriente baje mucho el año próximo”.²¹ El otro camino congruente con un menor déficit corriente es un ajuste cambiario para alcanzar la paridad real peso/dólar del primer semestre de 1996 (cuando se tuvo una paridad equilibrada, reflejada en una balanza comercial sin maquiladoras equilibrada). Pero esto implicaría, de entrada, una devaluación del 15 por ciento y ajustes cambiarios adicionales que sucesivamente reflejen las diferencias observadas entre las tasas de inflación de México y Estados Unidos. El problema para la ortodoxia monetarista estriba en que estos ajustes dificultarían aún más la meta inflacionaria proyectada.

Se están pagando los costos de una estrategia macroeconómica recurrentemente aplicada que convierte el abatimiento de la inflación en objetivo a ultranza, utiliza deliberada o inconscientemente la paridad peso/dólar como ancla de los precios y descuida la sostenibilidad de los equilibrios externos y el crecimiento económico sobre un horizonte de largo plazo. El resultado de esta estrategia son los repetidos ciclos de freno y arranque, experimentados por la economía mexicana durante los últimos tres lustros.

Si en realidad se desea desterrar las crisis recurrentes de fin de sexenio o del quinto año y superar los repetidos ciclos de freno y arranque, es necesario abandonar los dogmas



y reaprender a ajustar las cuentas externas no a través de la reducción del consumo en general (y, en consecuencia, a través de la recesión económica), sino por medio de la reducción del consumo de importaciones.

Se debe pasar –hay que insistir– a un enfoque pragmático en términos de la experiencia internacional y de la propia experiencia económica. En honra de ésta, recuérdese que en la época del general Cárdenas se hicieron tres ajustes en el tipo de cambio; y esos ajustes permitieron mantener un constante superávit en las balanzas comercial y de cuenta corriente, sin que el crecimiento económico se haya interrumpido: la economía creció 4.5 por ciento cada año.²² Asimismo, las macrodevaluaciones de 1948-1949 y la de 1954 demostraron que el ajuste eficiente en los precios relativos –cuando no va acompañado de estrategias recesivas que agravan los efectos internos adversos de la devaluación monetaria sino, por el contrario, cuando se despliegan estrategias de crecimiento que potencian los efectos benéficos de la devaluación y minimizan sus efectos adversos– es capaz de eliminar el déficit corriente sin disminuir el crecimiento económico ni reducir la importación de bienes de capital (por ejemplo, el crecimiento del producto interno bruto fue de 10 por ciento en 1954 y de 8.5 por ciento en 1955).²³ Así, en vez de ajustarse la cuenta externa reduciendo la demanda interna agregada y apretar el cinturón a la población, se aumentó la competitividad de la planta productiva mexicana mediante una paridad peso/dólar realista.

Parecería una verdad de Perogrullo, pero se olvida: si de lo que se trata es de reducir el déficit de cuenta



corriente, lo que hay que hacer, concretamente, es reducir el consumo de importaciones, no necesariamente la demanda interna agregada. Más aún, no solamente no se debe reducir, sino más bien fomentar el crecimiento del consumo de productos producidos en el país. Si se piensa realmente en un crecimiento sostenido, no debe asustar el crecimiento del mercado interno, sino que se debe considerar como condición del crecimiento sostenido de la economía mexicana.

Notas

- ¹ Véase *Tendencias económicas y financieras*, Grupo Editorial Expansión, México, noviembre 30 de 1998; y *El Financiero*, enero 2 de 1999.
- ² Véase Banamex, *Examen de la situación económica de México*, noviembre de 1998.
- ³ SHCP, *Criterios generales de política económica para 1999*, México, noviembre de 1998.
- ⁴ Véase *El Financiero*, diciembre 8 de 1997.
- ⁵ José Luis Calva, "Jinetes del Apocalipsis", *El Occidental*, Guadalajara, diciembre 12 de 1997.
- ⁶ Poder Legislativo Federal, *Ley de ingresos de la federación para el ejercicio fiscal de 1999 y Presupuesto de egresos de la federación 1999*, diciembre de 1998.

⁷ Véase *El Financiero*, diciembre 8 de 1998.

⁸ Banco de México, *Indicadores económicos*.

⁹ Véase "La reforma económica de México. Resultados 1983-1997", *Carta Económica Regional*, núm. 54, 1998.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Banco de México, *Encuesta sobre expectativas de los especialistas en economía del sector privado*, octubre y diciembre de 1998.

¹² Véase *La Jornada*, diciembre 7 de 1998.

¹³ *El Universal*, diciembre 14 de 1998.

¹⁴ Banamex, *Examen de la situación económica de México*, noviembre de 1998.

¹⁵ Véase *El Universal*, diciembre 3 de 1998.

¹⁶ SHCP, *Criterios generales de política económica para 1999*.

¹⁷ *La Jornada*, diciembre 9 de 1998.

¹⁸ Banco de México, *Encuesta sobre las expectativas de los especialistas en economía del sector privado*, diciembre de 1998.

¹⁹ Véase SHCP, *Criterios generales de política económica para 1999*.

²⁰ Banco de México, *Encuesta sobre las expectativas...*, op. cit.

²¹ *El Financiero*, noviembre 19 de 1998.

²² Véase J.L. Calva, "Ahorro interno, inversión y crecimiento económico", en José Antonio Ibáñez (coord.), *México: ciclos de deuda y crisis del sector externo*, Universidad Iberoamericana -Plaza y Valdés Editores, México, 1997.

²³ *Ibidem*.